

VIVENCIA X

Candela Villanova

Él me contó que mientras observaba cómo avanzaba la camilla por el pasillo del hospital, empujada con fuerza y prisa por el auxiliar, vio cómo se balanceaba mi pelo; habían consentido que yo fuera al quirófano sin gorro, con el pelo suelto, largo, ondulado, de color castaño, precioso. Pronto desaparecería.

También desapareció la camilla al doblar la esquina que comunicaba con el ascensor. Justo ahí fue cuando levanté el brazo e hice un ademán flamenco con mi mano. Mi brazo bailó en un intento de desdramatizar la situación. Él me contó que se quedó llorando sin consuelo cuando observó mi ademán farruco, mi guiño de vida.

Desaparecí por completo entre pasillos, ascensores metálicos, cables, pastillas, preguntas. Desaparecí. En el quirófano a punto de dormirme y rodeada de gente amable vestida de verde, pensé en mi mar, en esa orilla azul e inmensa del color de la arena a la que pensaba volver con toda la fuerza del mundo y del universo entero; sí, era una exageración, pero lo pensé así: volver a ese mar del color de la piel y del cielo, del color de la vida.

La muerte podía vencer, era una posibilidad, podía apropiarse de la vida, de la pequeña vida.

Me diagnosticaron un cáncer de mama. Por aquel entonces estaba rebotante de energía, comprometida con mi existencia en el trabajo, los viajes, mis libros, mis amigos y amigas, el baile, mi familia ... Por aquel entonces también andaba enamorada de un hombre que desapareció poco después. Supongo que no lo pudo soportar. No dijo nada, se marchó por la puerta de atrás. Quedé dolida. Pero existe algo llamado olvido que en su tendencia misma alivia. El olvido libera.

Cuando me comunicaron el diagnóstico era ajena a todo lo que me iba a suceder. De pronto me convertí en una extranjera para mí misma, quizás en una estrella lejana y apagada por la fatiga del acontecimiento.

Quedé en silencio, un silencio lleno de furia ante la infamia de la enfermedad. Me convertí en una fría observadora de ese cáncer que intentaba esconderse desde el principio para apoderarse de mi cuerpo y vencer. Me quedé muda para no hablarme de la muerte. Solo quise la vida.

A pesar de lo que se lea en los periódicos y se vea en los medios de comunicación, el cáncer no es una enfermedad rosa, tampoco el enfermo o la enferma es un héroe o una heroína tal como los quiere situar el neocapitalismo reinante para desentenderse de sus responsabilidades. Es nefasto y obscuro ver cómo esta ideología nos empuja a convertirnos en los campeones de la miseria. Sí, la enfermedad es miserable. Y los cuentos chinos aquí no sirven. Tampoco caben los campos de batalla.

El cáncer se esconde. Comencé a ser un cuerpo enfermo sin saberlo. Estaba plena de fuerza.

Mi cuerpo, sede hasta entonces de placeres y goces, comenzó a vislumbrar el dolor. El dolor real. Y el miedo. La posible metástasis. El horror. Es verdad que son cosas de las que casi nunca se habla.

Poco a poco, imperceptiblemente, mi fuerza fue menguando con los tratamientos devastadores que me iban aplicando para seguir viviendo. Fragilidad, cansancio, fatiga, extenuación, todo esto invadió cada rincón de mi cuerpo. Cirugía, quimioterapia, radioterapia, postración. Nervios. ¡Qué palabra! ¿Qué querrá decir? Nervios.... Es una palabra de mi madre que apunta al meollo de la intranquilidad y del desasosiego, sí, ese es su gran significado para mí. Nervios. El núcleo del malestar.

La metamorfosis, kafkiana, con sus toques de humor, había comenzado. Calva, sin cejas, sin pestañas, sin uñas, sin vello en todo el cuerpo, otra cara, otra piel, las cicatrices. El cuerpo ya era otro. La impudicia de la enfermedad.

Siendo ya *otra* fui a ver a una tía materna que padece Alzheimer. El encuentro con ella fue una metáfora de supervivencia. Desde su inabordable mundo me preguntó qué me había pasado; fijaba su mirada muy queda en mi rostro intentando buscar el otro rostro antiguo del que, probablemente, aún conservaba un leve recuerdo. Siempre concluía con la misma frase después de una larga observación: *pareces una extranjera con ese gorro*. E insistía con dulzura poco tiempo después con la misma frase para que el olvido no se apoderase de esa extraña idea, también inolvidable. La verdad de la memoria se hizo presente en esta mujer carente ya de la mayoría de los recuerdos de su vida. Desde su pertinaz extravío fluyó la verdad, también extranjera e irreconocible. Yo era una extranjera.

Por aquel entonces escribí algo de lo que ahora me acuerdo: “... *escribo y hablo de sufrimiento, una palabra tabú en los tiempos que corren. Actualmente hay un discurso social que esquiva y encierra al sufrimiento en los escollos de un silencio atronador: las nuevas religiones que se venden como alternativas terapéuticas con un discurso sin duda bienintencionado hablan solo de felicidad, nos parlotean con consejos variopintos sobre esa aspiración totalitaria y neoliberal: cómo ser felices*”.

En esos momentos, yo me preguntaba: *¿Qué pasa si esos imperativos de felicidad no son acordes con lo que yo quiero en mi vida? ¿Ser feliz = objeto de consumo? ¿Qué ocurre si yo no quiero que mi vida sea rosa? Como si fuera tan fácil esquivar el sufrimiento en algunas ocasiones.* Ahora, cuando leo páginas en internet o escucho a gentes que ofertan esas *felices* curaciones a través de mundos astrales, maestros interiores, conciencias superiores y esencias eternas, adornadas de palabras cursis y empalagosas sostenidas por los amos y amas de turno, me pregunto ¿por qué tienen tanto éxito esos discursos tan vacíos? Las religiones siempre han estado ahí para el consuelo, aunque no curen nada. Ni siquiera ayudan a vivir. Solo engañan con su prepotencia.

No tuve ni tengo esos consuelos. Los expulsé de mi órbita hace mucho tiempo. Mi familia y

mis amistades estuvieron ahí de una forma real, con una solidaridad sencilla, sabiendo estar. Simplemente. Han estado de verdad, seguro que con contradicciones, con malestar, con dolor... Por pudor no les he contado mucho del sufrimiento que inflige el cáncer, prácticamente nada de mi angustia ante la proximidad de la muerte. Pero han estado ahí. Lo agradezco tanto.

Después de cuatro operaciones y de los tratamientos llegaron los efectos de los recortes. Sí, pertenezco a esta etapa histórica. Estuve tres meses a expensas de una decisión gubernamental. Mis médicos, los que me trataron y salvaron finalmente la vida, los que me habían insuflado ánimos en los peores momentos de mi enfermedad desaparecieron por los recortes. Los borraron de mi horizonte vital. Me convertí en un número, en una parte anónima de una estadística. Podía ir a otros médicos, pero no a los que conocían en profundidad mi enfermedad. ¿Motivos? Los recortes. El capitalismo salvaje me despojo de mi derecho a la salud, me convirtió en una ciudadana anónima e inexistente, en una ciudadana infeliz, triste, solitaria e ignorada. Así me sentí cuando el equipo médico que me estaba curando desapareció por imposición legal. Utilicé el arma de la escritura como tantas otras veces ... y tuvo sus efectos. Recuperé a mis médicos. Y sigo con ellos.

Esta experiencia de soledad me hizo pensar que esa enfermedad social cuyo síntoma capital son los recortes ciegos está siempre vinculada a las dolencias individuales. Si en esa situación el poder ciego te aísla, como me pasó a mí y a otros, sin duda ese poder se convierte en algo que literalmente te aplasta. Es una ecuación objetiva y bien sabida.

Transcurridos unos meses ya quería bailar. Los efectos secundarios de los tratamientos me estaban incapacitando físicamente, pero poco a poco se suavizaron. Las plantas de los pies me dolían aún por la quimioterapia. ¿Cómo zapatear? Los médicos me dijeron que ya podía, pero ellos ¿sabían la fuerza que se necesita para bailar flamenco? Me insistieron, nunca iba a ser como antes, pero tenía que seguir y así lo hice. Seguí.

Mi ademán farruco, el que hice cuando me llevaban al quirófano con tanta prisa porque urgía, se convirtió en caricia. Una caricia a la vida para seguir bailando la danza que me faltaba, una danza improvisada, lenta, costosa, sin espejo, sin escenario. Una danza con pasos certeros en el escenario roto de un vacío con mucha luz.

